



Lecciones desde el exilio para los náufragos del virus

(Ariel Dorfman, pág. 47 a 48)

Nada es familiar en un mundo que se ha vuelto estrecho y ajeno. Todo lo que creíamos estable y predecible parece ahora enmarañado y amenazante. No es posible ya interactuar con la familia o los amigos cara a cara, ni menos abrazarlos o tocarlos, y las rutinas, códigos y hábitos a que nos habíamos acostumbrado ya no sirven para navegar el día a día. Tampoco contamos con los sistemas de resguardos sociales y fraternales con que solíamos enfrentar los problemas más urgentes. No está claro cuando divisamos a un extraño, si es un peligro o alguien que pudiera ofrecernos ayuda. Toda una existencia que se ha basado en acercarse más y más a los semejantes se encuentra ahora dominada por la distancia: mantenerse lejos.

Se trata, por cierto, de una somera descripción de lo que significa para incontables seres humanos subsistir hoy en los tiempos del coronavirus. Sí, pero también registra la experiencia coti-diana de un gran número de exiliados y migrantes que, desde el principio de la historia, fueron adquiriendo prácticas con las que han aprendido a sobre-vivir al embarcarse en su propio viaje hacia lo desconocido. ¿No será posible, entonces, que estos hombres, mujeres y niños que dejaron sus hogares en busca de un nuevo destino –ya sea para alcanzar una vida más auspiciosa o porque huían de alguna catástrofe aterradora– tengan algo que enseñarnos ahora que la pandemia nos ha transformado a todos los habitantes del planeta de alguna manera en exiliados en nuestra propia tierra?

Pero estamos lejos de superar este naufragio. Una advertencia: cuando eres vulnerable, como lo son perpetuamente los exiliados y los migrantes, cuando estás al borde del abismo, es fácil que depredadores inescrupulosos se aprovechen de tu situación precaria. En coyunturas morbosas suelen aparecer catervas de personajes turbios, estafadores, tramposos, demagogos, que se jactan, con sus promesas falsas, de garantizar una pronta redención mediante alguna fórmula mágica. Cuando uno se encuentra a la deriva en circunstancias inusuales y azarosas, es entonces que más debemos cuidarnos de no sucumbir a tales seducciones insidiosas, recordando que más importa juzgar a los demás por la consistencia de sus acciones que por los vaivenes de sus palabras.

Esta es una oportunidad, como sucede a menudo cuando ocurren desastres, de reexaminar lo que parecían los cimientos inquebrantables del orden social, fundamentos que resultaron ser contruidos sobre pilares dudosos y presunciones ya no incuestionables. Y cuando volvamos a la normalidad, al igual que los exiliados y los migrantes si tienen la suerte de volver a visitar sus terruños, ojalá contemplemos con esos ojos renovados el país al que ahora regresamos, ojalá recordemos que lo que creíamos antes era usual y duradero no nos entrenó bien para esta amenaza y otras amenazas que aún probable-mente esperan en el horizonte. Tal vez descubramos que nada será como fue y muchos –por ahí una



gran mayoría— habrán de darse cuenta de que el viejo mundo “normal” exige una drástica reestructuración.

En medio de la pandemia, la guerra del agua

(Sara Pantoja, pág. 6-9)

En la colonia La Estación, alcaldía de Tláhuac, en el suroriente de la Ciudad de México, patrullas de la Policía Metropolitana custodian las pipas de agua potable para evitar que sean secuestradas. Esto es muestra de cómo la emergencia sanitaria por la pandemia del covid-19 ha agravado el conflicto por la escasez del líquido en algunas zonas de la capital, que podría derivar en hechos violentos.

En esta y otras colonias de la alcaldía de Tláhuac —de unos 370 mil habitantes— es casi imposible seguir el llamado a quedarse en casa, pues la gente debe salir a buscar agua. Tampoco se pueden lavar las manos continuamente ni desinfectar sus pertenencias y domicilios, porque sólo reciben el recurso una vez a la semana. La falta de agua en La Estación —y otras colonias, como Zapotitla, Tlaltenco, Selene, Jerusalén, Unidad Santa Ana o Santa Catarina— ha provocado que organizaciones como Antorcha Campesina y líderes vecinales presuntamente ligados a Morena —que gobierna la alcaldía y la ciudad— rebasen la autoridad del alcalde Raymundo Martínez Vite y controlen la distribución del líquido para beneficiar a sus agremiados.

El origen

La escasez de agua en Tláhuac no es nueva. Vecinos entrevistados relatan que los problemas y protestas comenzaron en 2009, con la construcción de la Línea 12 del Metro. Años después, en su campaña para la jefatura de Gobierno, Claudia Sheinbaum prometió solucionar el problema. Al iniciar su gestión, el Sistema de Aguas de la Ciudad de México (Sacmex) comenzó a cambiar tuberías y reparar fugas para tener mayor presión en la red y que el líquido pueda subir hasta la zona alta de la demarcación; pero la red de distribución estaba dañada por el sismo del 2017.

Mientras continuaban los trabajos, la gente recibía en sus hogares “un hilito” de agua y por tandeo: un día sí y otro no y sólo un par de horas. A veces llegaba limpia y a veces “hasta con gusanos”. A inicios de 2020 y ante la presión de los vecinos, el Sacmex y la alcaldía aplicaron un sistema de distribución gratuita con pipas. Por eso, afuera de las casas y en los patios es común observar tinacos, tambos, cubetas, botes y garrafones prestos para ser llenados por esos vehículos... cuando llegan.



Entrevista con Roberta Jacobson. “Conocíamos las andanzas de García Luna...pero debíamos trabajar con él”

(Jesús Esquivel, pág. 34-37)

El gobierno de Felipe Calderón tenía en su poder la información sobre los nexos de Genaro García Luna con el narcotráfico cuando éste fungía como titular de la Secretaría de Seguridad Pública (SSP), revela la exembajadora estadounidense Roberta Jacobson. Sin empacho, Jacobson dice en entrevista con Proceso que el gobierno de Estados Unidos recopiló rumores e información de la relación de García Luna con el Cártel de Sinaloa. Tras aceptar que su gobierno sabía de las andanzas de García Luna con narcotraficantes como Joaquín El Chapo Guzmán Loera, Jacobson niega ninguna omisión por parte de Estados Unidos para actuar contra el asesor, amigo, confidente y miembro del gabinete de Calderón.

“Culpar a Estados Unidos por datos que poseía y sugerir que el gobierno de México no tenía la misma información sobre la corrupción o problemas de un funcionario, probablemente es tan inocente y peor, francamente, que una duplicidad”, subraya la exembajadora.

Y para no dejar duda de la duplicidad (o doble cara) que la atañe al gobierno de Calderón subraya: “La información que obteníamos –en el Departamento de Estado– era por conducto de funcionarios estadounidenses, pero venía de parte de mexicanos, ellos eran los que más información recibían y tenían sobre la corrupción de García Luna”.

En la minuciosa entrevista con Proceso, Jacobson desahoga aspectos de lo que supo sobre García Luna, incluso desde el sexenio de Vicente Fox, tomando en cuenta que de diciembre de 2002 a junio de 2007 ella fue titular del llamado “Mexican Desk” en el Departamento de Estado.

No obstante, las revelaciones de Jacobson se enfocan en los seis años de García Luna en la SSP. A partir de julio de 2007 ella se hizo cargo de la Iniciativa Mérida y de otros temas de la relación con México y Canadá.

“El gobierno mexicano sabía tanto como nosotros, si no es que más, y nunca tomó acciones en su momento y por ello encuentro un poco ingenuo culpar a Estados Unidos por no tomar medidas”, arremete.

Pocos funcionarios o exfuncionarios del Departamento de Estado conocen al detalle, como Jacobson, la relación con México, en especial la que hubo con Calderón, lo que le da autoridad a su voz.

De diciembre de 2010 a julio de 2011 Jacobson fue la número dos en la Subsecretaría de Estado Adjunta para Asuntos del Hemisferio Occidental



(concentrada en la aplicación de la Iniciativa Mérida), y el 30 de julio de 2012 fue nombrada subsecretaria de Estado adjunta.

Los hospitales, al tope *(Neldy San Martín, pág. 14-16)*

El escenario de saturación de hospitales que el doctor Hugo López-Gatell quería evitar con el llamado a quedarse en casa ya está ocurriendo en la Ciudad de México: seis de cada 10 camas en cuidados intensivos ya están ocupadas en los nosocomios locales.

Pese a que el presidente Andrés Manuel López Obrador dijo el pasado 30 de abril que se “aplastó la curva” y no había saturación de hospitales, al día siguiente cambió de opinión. En la conferencia matutina en Palacio Nacional del viernes 1 pidió a los ciudadanos que ya no vayan al Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias (INER), a Nutrición o a los hospitales del ISSSTE porque ya no tienen capacidad; recomendó ir a los nosocomios del IMSS, pese a que muchos de ellos también están llenos.

Mientras, López-Gatell informó que la Ciudad de México está llegando a la cumbre de la curva epidemiológica, cuando se espera mayor número de contagios. Con base en las estadísticas el gobierno prevé que esto ocurrirá el miércoles 6.

El escenario de la saturación por el aumento de número de casos ha llevado a las autoridades a habilitar otros hospitales, como el General de Iztapalapa y Xoco, cada uno con 120 camas y 20 ventiladores, además de la instalación de camas en el Centro Banamex para pacientes que no requieren intubación. Según el gobierno federal también se echará mano del Plan DN-III para que los hospitales del Ejército y la Marina puedan recibir pacientes de covid-19.

En el Valle de México 16 hospitales están atestados por casos de covid-19, incluido el Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias (INER), la meca de los servicios de salud en esta pandemia.

Aun cuando el personal del instituto no tiene problemas por falta de equipamiento médico o medicamentos como en otros hospitales del país, ni los países más desarrollados del mundo tienen tantos respiradores artificiales como los que ahora se requieren, y el INER requiere más camas y más ventiladores.

El personal tiene 100 ventiladores en uso y espera que lleguen más para atender la creciente demanda. “Estamos llenos, nunca en la vida habíamos tenido 100 tubos”, cuenta un neumólogo del instituto a la reportera a condición del anonimato. Asegura que en 2009, durante la época más dura de la pandemia de la influenza, llegaron a tener 60 ventiladores funcionando.



Desde el pasado 24 de abril el área de urgencias del INER, donde hay 16 camas, ha estado a su máxima capacidad todas las noches. “Si no están llenas es porque un paciente ya pasó a pabellón o ya falleció. Pero no pasa un día y se vuelve a llenar”, asegura una doctora residente, quien también pide reservar su identidad.

“Tenemos casos de pacientes que llegan al INER, pero ya vienen de otro hospital y aquí les decimos que tampoco hay lugar; son pacientes a los que están peloteando, porque realmente no hay espacio”, dice la entrevistada.

Todos los pacientes que llegan al instituto con síntomas del virus SARS-CoV-2 pasan primero al área de triaje donde son evaluados por los neumólogos. Si están realmente graves y requieren ser intubados, avanzan a urgencias y luego a los pabellones. Pero en los últimos días nadie entra a menos que se libere una cama.